

Las Dos Tentaciones del Castellano en América

PABLO ANTONIO CUADRA

En la historia de las civilizaciones solo tres lenguas se han forjado con el propósito de servir de instrumento a un ideal de COMUNIDAD HUMANA UNIVERSAL: la lengua griega, la latina y la española.

Grecia elaboró y perfeccionó su lengua, con el mismo refinamiento prodigioso con que esculpió sus mármoles, como médula de la unidad de su cultura y luego, por las prédicas de Isócrates y por la acción de Filipo y de Alejandro Magno como instrumento de una "homonoia" o comunidad espiritual de los pueblos en el ideal pan-helénico. Alejandro quiso usar la lengua griega como vínculo de un inmenso imperio de cultura, y así surgió el COSMOPOLITISMO, que fué como un fogonazo inicial en el desde entonces permanente ideal de occidente de unir a todos los hombres.

Ese sueño de una "koiné" universal amarrada o tejida por una lengua también universal, lo recoge luego Roma y encuentra su poeta en Virgilio y su realizador en Augusto. El Derecho es el elemento que estructura ese nuevo tipo de comunidad humana, pero lo que lo expresa y lo aglutina es el latín, la lengua latina, y así el "cosmopolitismo" griego se amplía en el ideal de la "universalidad" romana.

Caído el imperio de Roma una hija de la loba hereda el sueño ecuménico. España agrega al "nous" griego y al "jus" latino, la fe cristiana, pero, para aglutinar y vincular su nuevo ideal de comunidad humana, forja su lengua y así lo dice, consciente de ello su primer gramático Nebrija: "La lengua es compañera del Imperio".

La palabra de España llega a América como lazo de comunidad, y se adhiere de tal modo a ella el ideal de "homonoia", de convivencia, de diálogo y de comunión, que cuando cae todo, cuando el Imperio Español se derrumba por el peso de sus propios errores, lo que subsiste como médula inquebrantable de unidad, lo que mantiene en pie ideales de fraternidad, sentimientos de común destino y sensación de una gran reserva de futuro poder, es la lengua, la comunión de la lengua.

Perder esa unidad última y primera sería, por tanto, para América quemar los sueños de Bolívar, encarcelar a Rubén, amordazar para siempre toda la voz de la historia y meter

en las cavernas la antorcha que ilumina nuestro destino. Pero como la lengua solo se pierde si la pierden los poetas, de ahí que sea de capital importancia —no solo literaria sino comunal para toda la cultura de América— el problema que se plantea nuestro joven e ilustre recipiendario en su excelente discurso, al preguntarse —pulsando la influencia del paisaje y del mestizaje— las medidas en que difieren la poesía española y la poesía hispanoamericana.

Su respuesta final, de que ambas literaturas, en lo esencial son semejantes y en lo accidental diferentes es justa y cierta. Pero mientras nuestro nuevo Académico extraía sus deducciones de la historia, es decir, del pasado literario, yo miraba, no sin inquietud, el presente y el futuro y repasaba los libros nuevos que me llegan, las corrientes y tendencias literarias que brotan, los poemas que me leen los jóvenes y valiosos poetas de las últimas generaciones. "¿En qué medida difiere la poesía hispanoamericana?" —se pregunta el nuevo Académico. Y, basándose en nuestra historia literaria se contesta: "Esencialmente en nada, porque hay entre ambas una comunión engendrada por la lengua, la sangre y la historia, donde solo caben diferencias de grados y matices".

Cierto. Pero, después de Rubén Darío, se ha producido en América una acentuación cada vez más pronunciada de los matices, un delineamiento cada vez más preciso de las características nacionales o comarcanas. Antes de Rubén era posible colocar indiferentemente cualquier poema hispano en una o en otra orilla del castellano. Ahora ya no.

Yo creo, por ejemplo, que ya hay una poesía nicaragüense, que la mayor parte de nuestra poesía ya tiene un rostro, que ya nuestra lengua poética nos delata y que, aunque es verdad que nuestra poesía se puede leer y comprender y gustar en cualquier parte donde se hable español —en eso consiste su universalidad!— también es cierto que no se puede fechar más que en Nicaragua, ni se pudo hacer más que en Nicaragua.

Esto es lo que Don Eduardo Zepeda Henríquez llama una diferencia de matices, una diferencia en lo accidental y estoy con él en el enorme aporte del paisaje y de la naturaleza para marcar, con hermosa originalidad,

estos matices. Pero lo inquietante y sugerente del problema es que hasta ahora comienza a producirse, y en términos acelerados, el proceso de americanización en nuestra literatura.

Zepeda Henríquez, localizando su valor en el pasado, dice con verdad que el aporte literario indígena no cuenta y que solo tiene un interés meramente arqueológico. Pero el problema es que ese material que literariamente parecía reducido a la arqueología, está actualmente cobrando vida por caminos imprevistos en ese proceso nuevo de "americanización". Ya no es solo el paisaje sino una reanudación caudalosa del mestizaje la que acentúa las diferencias y la que impone un estado de alerta creador en el poeta y en el artista para no echar a perder la unidad literaria de la lengua.

En muchos países de América, donde subsisten inmensas porciones indígenas que hablan lenguas indias, las transformaciones sociales y la democratización de la cultura, van a producir renovaciones de contactos literarios y lingüísticos en lo profundo de sus culturas.

Las ciencias de origen o de desarrollo tan reciente como la antropología, la psicología social, la etnografía o la misma arqueología, nos están abriendo arterias, que parecían obstruidas, por donde puede circular o ya circula un acercamiento vital no solo con lo vivo del indio sino con lo antiguo y soterrado de su legado milenario.

Finalmente, aparte de esas literaturas indígenas que quedaron escritas y que no tuvieron una vinculación vital en el mestizaje de nuestra cultura en el pasado, no hay que olvidar la importancia de la tradición oral cuyo aporte al sustrato de nuestra cultura popular es hasta ahora que comenzamos a conocerlo y a medirlo con los estudios de la antropología y del folklore. El indio, es verdad, nos legó muy pocos escritos literarios, pero formó la gran masa del pueblo hispanoamericano y mientras adquiría, lentamente, a través de los siglos, la lengua castellana —hay que recordar que todavía a principios de este siglo en Monimbó, en Subtiava, en Carazo, en Matagalpa, los viejos hablaban sus lenguas antiguas!— mientras nuestros indios —dijo— adquirían el español aportaban innumerables elementos literarios por tradición oral. Nuestro folklore está lleno de esos elementos cruzados, mezclados con los elementos de la tradición española también en gran parte oral.

Ahora bien, todos sabemos que **de los dos** componentes que definen una obra de cultura: **particularismo y universalidad**, la profundidad le viene de su particularismo regional, la profundidad tiene que extraerla como savia de su particularidad, de lo hondamente experimentado de su historia, de los giros y gracia comarcana que puso el pueblo en el idioma, de la tradición nacional, de los problemas lugareños, de lo vecinal y cercano que el artista saca y por obra de su genio lo eleva a cate-

goría universal. Pero sin La Mancha no hay Quijote para el mundo. Sin los regionales y circunscritos problemas sureños no hay un William Faulkner Premio Nobel.

Esto significa que nuestra literatura culta, cuantas veces quiera alcanzar lo universal tiene que profundizar en lo regional y allí —porque los caminos de americanización cada día nos llevan más hondo— tendrá que conectarse con el indio, tendrá que sumerjirse en capas originales o aborígenes fecundas pero también peligrosas porque pueden tentar con un exceso de diferenciación que rompa la comunicabilidad de nuestra lengua.

Por eso no dejó de extrañarme que en el último congreso de instituciones hispanas celebrado en Madrid, los representantes que examinaron la situación de la lengua española declararan, que consideraban ya superados todos los peligros de una fragmentación del castellano. Yo creo lo contrario. Creo que por lo mismo que el castellano está llegando ahora a la plenitud de su elaboración, de su desarrollo y de su riqueza literarios, es cuando más riesgos corre y más grandes problemas se le van a plantear.

Y en tales riesgos —que son inherentes a toda lengua de vocación ecuménica, es al escritor, al poeta hispanoamericano a quien corresponde sortearlos con el sentido y la conciencia de que somos los herederos del más hermoso legado de Occidente. Es al escritor hispanoamericano a quien corresponde cargar un peso de responsabilidad que no tienen que soportar los de otras razas y lenguas carentes de los riesgos y de los conflictos propios de la "ecumenidad"; la responsabilidad de guardar un permanente equilibrio entre el particularismo y la universalidad, entre lo regional y lo ecuménico, entre lo aborígeneo y lo comunal.

Si marcamos con exceso lo regional, perdemos terreno de comprensión y de alcance, perdemos horizonte para la lengua. Y si nos excedemos en ser comunes, si caemos en el pecado de lo académico, corremos el riesgo de desdibujarnos, de ser insustanciales al paladar de nuestro pueblo y le negamos autenticidad a nuestra lengua y originalidad a nuestro mensaje.

En el equilibrio está el genio.

Equilibrio que debemos alentar y nutrir proporcionando a la juventud una educación básica humanista sin la cual el escritor pierde fácilmente la visión de la lejanía y del horizonte ecuménico de su cultura y se sumerge en la fácil tentación de la caverna.

En este aspecto, ningún ejemplo mejor que la propia labor de nuestro joven recipiendario, Eduardo Zepeda Henríquez, poeta y humanista.

Aún recuerdo, en los días del Taller San Lucas, cuando el ahora académico, todavía colegial me enseñó sus primeros poemas. Ya tenía entonces esa aureola de silencio del que trabaja con la palabra. Y ya le inquietaba en-

tonces el doble llamado: el de la tierra patria, fervorosamente regional, y el oceánico y ecuménico llamado del vasto imperio de nuestra lengua y de nuestra literatura.

Luego se fué a Chile donde hizo sus estudios universitarios para pasar, después, a España de donde regresó hace muy poco, después de diez años y diez libros de labor, que lo colocaron al lado de los buenos poetas, en el aprecio de los buenos críticos y en la lista de los colaboradores de las buenas revistas de nuestra lengua.

Pero aparte de su fecunda labor creadora de poeta, nuestro nuevo Académico ha sido uno de esos milagros de vocación literaria que se van repitiendo, cada vez con más frecuencia en nuestra patria para terminar con la vieja leyenda verde de nuestra indolencia tropical. Porque Zepeda Henríquez, callado y humilde parece que en sus 33 años no ha dejado de trabajar un minuto: ensayos, críticas, estudios, conferencias, colaboraciones en diarios y revistas, cursillos, ediciones de clásicos, de antologías, de monografías, llenaron su vida intelectual en España actuando en Universidades, en congresos, en Ateneos, en cursillos, en jornadas poéticas, en ciclos de estudios. Apenas llegó a Nicaragua fué llamado para desempeñar la Dirección de la Biblioteca Nacional y no había comenzado a revisar los anaqueles y a planear, con su emprendedor espíritu, un nuevo ciclo de vida para este centro de vital importancia cultural, cuando ya tenía sobre sus hombros diez o doce clases semanales de Estilística, de Literatura española moderna, de Historia de la Cultura, de Filosofía, en la Universidad Centroamericana, en la Escuela de Ciencias de la Educación y en la Escuela de Periodismo.

A este tipo de eficacia fecunda llamaban los griegos un TECNICO, un sabio en su arte, un artista de su ciencia. Esto es lo que en el mundo moderno se llama un Poeta —no el tipo que desorbitó y sacó de su esfera rectora el Romanticismo — sino el hombre — hacedor — de — cultura, el compañero y complemento del agricultor — el vita-cultor — que mañanea para preparar el campo humano, y tala y poda y quema y siembra y fumiga y recoge la cosecha, y en la noche canta y así alimenta a los hombres con el otro pan que es el del Espíritu.

Cuando Eduardo Zepeda Henríquez me enseñó sus primeros poemas ya tenía esa aureola de silencio del que trabaja con la palabra. Andaba en "El Principio del Canto" y ya sabía la maldición inicial:

Mas Dios dijo al poeta
"cantarás con dolor"

Maldición digo porque es ley de sufrimiento, pero de ella nació la bendición o el bien decir, como del dolor de la mujer, el hijo

o la Esperanza. Porque la poesía es el intento de restituir o de reconquistar la lengua original, el lenguaje adánico, el lenguaje que nombra las esencias, pero el paraíso está cerrado y cada incursión para robar el fuego de esa lengua lustral, cuesta una herida del ángel implacable que custodia lo inefable.

Hermosamente define su dolorosa vocación creadora de poeta el poema de Zepeda Henríquez:

Dice que al poeta,
"la tierra
mortal le ha dado todo
menos lo que desea.

Quiso quedarse siempre
con la **estatura** aquella
¡tan distante!, de cuando
las palabras primeras
Quiso acallar las sombras

Mas Dios dijo al poeta
"cantarás con dolor"
y, desde entonces, lleva
el pecado del hambre
en sus pupilas, y esa
fe matinal del huérfano
que todavía espera
amor de padres, que
milagreando, sueña.

Vive una voluntad
de ríos, y se entrega
con mansa plenitud,
igual que cuando se echa
de espaldas en un llano
abierto a las estrellas

Vive el vivir que basta
para la muerte entera;
y, de claro perdón,
con sus manos acequias:
¡espejos donde toda
la luz se quedó presa!"

¿No creen, señores Académicos, leído el poema y escuchado el extraordinario discurso de nuestro recipiendario, que es un acierto para nuestra corporación haber llamado a su seno a quien trae en su mano derecha —en la mano de la aventura y del trabajo— la luz robada al paraíso de la poesía, y en su mano izquierda, en la mano de la meditación, en la mano que sostiene la frente fatigada, la corona infatigable de su prosa y de su magisterio humanista?

Yo quiero dejar aquí expresado mi voto de alegría por este compañero que viene a agregar su cifra de juventud a la ya rica suma de valores de nuestra Academia!